

cesarios— como para que se queden fuera de un libro que se ocupa de estos temas.

De la misma manera, resulta un tanto frustrante para el lector interesado que, después de recorrer disciplinadamente estas diez espléndidas y profundas estampas biográficas (que siempre tienen el problema de elección y selección frente a otras y que siempre van a ser insuficientes por definición), no se desarrolle un intento de síntesis, sistematización o conclusión general de un recorrido tan amplio pero también tan diverso y lejano entre sus extremos temporales. Si bien es cierto que el mosaico que ofrece la obra acaba encajando como un puzzle virtuoso, donde la impresión final de la lectura es que el producto intelectual es mucho más profundo que la suma lineal de sus partes consideradas aisladamente, también ocurre que al lector le habría gustado encontrarse con una recopilación final de tanta sugerencia y buen hacer para agarrar con más seguridad el sentido final de la obra.

Pero estas mínimas objeciones seguramente vienen antes producidas por el ansia de continuar la lectura de alguien gozosa y literalmente sumergido en tantas ideas, imágenes, vidas y poderes que de las insuficiencias mismas de la obra, que, como ha quedado dicho, presenta unos planteamientos de una riqueza y una solidez que rondan lo monumental. Fascinante viaje a la historia del poder, hecho con línea clara, pulso firme y seguridad en el género que se practica, justamente hoy donde todos los géneros se confunden, las disciplinas se reblandecen (muchas veces en demasía) y, con una cierta complacencia postmoderna, la ficción se adueña de la narración histórica hasta muchas

veces estropear la ficción y estropear la historia como ejercicio intelectual. Pedro González-Trevijano ha realizado un esmerado clásico moderno, y eso, para los tiempos que corren, es una espléndida noticia cultural.

Luis Enrique ALONSO

## Chantal Mouffe

### La paradoja democrática

(Barcelona, Gedisa, 2003)

#### LA REIVINDICACIÓN DEL CONFLICTO

Chantal Mouffe (1943), de origen belga, ha desarrollado la mayor parte de su carrera investigadora en EE.UU. y Francia y, actualmente, forma parte del Centro para el Estudio de la Democracia de la Universidad de Westminster. Siempre cercana a la teoría marxista, durante los años sesenta participó activamente en el movimiento estudiantil y, a lo largo de toda su obra, el compromiso político con la izquierda es una constante. *La Paradoja democrática* es la compilación de un conjunto de ensayos publicados entre 1995-2000. En este sentido, no es un texto que sirva para analizar en profundidad el pensamiento de Mouffe; para ello hay que acudir a *Hegemonía y estrategia socialista* (con E. Laclau, Siglo XXI, 1987) y *El retorno de lo político* (Paidós, 1999). Sin embargo, lo que sí permite esta obra es acercarse a sus ideas clave y, desde esta óptica, constituye un estimulante punto de partida.

La tesis central de Mouffe es que el pluralismo y el conflicto son lo específico de la democracia moderna. A partir de aquí construye todo su argumento. Para ello, lo primero es diferenciar entre «la política» y «lo político». La verdadera naturaleza de lo político es el conflicto, el poder, el antagonismo inherente a todas las relaciones humanas; un antagonismo que puede adoptar formas diversas pero que nunca puede erradicarse. La política, por su parte, es ese conjunto de prácticas e instituciones orientadas a establecer un cierto orden que permita la coexistencia humana en «condiciones que son siempre potencialmente conflictivas porque se ven afectadas por la dimensión de lo político» (p. 114).

Conflicto, poder y antagonismo que son consecuencia del carácter pluralista de la sociedad moderna, en la que ya no existe una idea sustantiva común de la vida buena. Aún más, este pluralismo de valores propio de la modernidad no es algo que haya simplemente que aceptar y tratar de mitigar o reducir a través de la política, sino que es un principio constitutivo de la democracia moderna y, como tal, debe ser considerado como «principio axiológico». Frente a la pretensión ilustrada, racional y liberal de homogeneidad y unanimidad, Mouffe reclama la valoración de la diferencia.

Ahora bien, esto no significa ni relativismo ni pluralismo extremo. No es relativismo porque no implica que todas las formas de organizar la sociedad sean válidas, sino que existen diversas formas legítimas de hacerlo y el juicio político sigue siendo relevante para diferenciar las justas de las injustas (p. 77). Tampoco es pluralismo extremo pues reconoce la necesidad de

que existan límites, fronteras, líneas de división que permitan construir una identidad colectiva; identidad que resulta imprescindible para toda asociación política.

La identidad siempre se construye a través de la diferenciación entre un ellos y un nosotros; es un juego de inclusión-exclusión que determina quién pertenece al grupo. La constitución de la comunidad política requiere unidad y una cierta homogeneidad (comunalidad), mas existen diferentes formas de unidad, de constituir ese «nosotros». Desde una perspectiva post-modernista y antiesencialista, en la que Mouffe se inscribe, la diferenciación entre «ellos» y «nosotros» no es el reconocimiento de algo preexistente, no cabe ya ningún tipo de sustantividad, no hay una esencia dada que sea «nosotros» y otra que sea «ellos». La identidad es una construcción política a la que Mouffe se refiere como proceso permanentemente abierto. En esta medida, el poder no es una relación entre dos entidades previamente constituidas, sino un elemento constituyente de la identidad. En suma, pluralismo, diferencia y antagonismo son los elementos fundamentales de su propuesta de democracia radical, plural y agonística. El poder, el conflicto y la división son principios constitutivos de lo social y, por tanto, no se trata de eliminarlos, sino de constituir formas de poder más compatibles con los valores democráticos.

Desde esta óptica, el objetivo de la política democrática es transformar el antagonismo en *agonismo*, el enemigo en adversario. El *agonismo* es una forma de antagonismo, de enfrentamiento, no entre enemigos cuyo objetivo es destruirse, sino entre adversarios («enemigos

amistosos») que comparten un marco simbólico común pero que pretenden organizarlo de forma diferente. «Nosotros» y «ellos» compartimos los principios ético-políticos de la democracia liberal: básicamente, libertad e igualdad; aunque discrepamos en lo que se refiere a su significado y a su puesta en práctica. Es posible, no obstante, alcanzar compromisos, de hecho es parte inseparable de la política, pero siempre serán provisionales, «un respiro temporal en una confrontación que no cesa» (p. 115).

La política radical que Mouffe reivindica de lo que trata es de cómo crear unidad en un contexto de conflicto y diversidad. Para ello es necesario establecer canales e instituciones para la expresión de las pasiones colectivas en cuestiones que hagan posible una identificación suficiente pero que construyan al otro como adversario. La tarea de la política democrática es movilizar (no eliminar) esas pasiones hacia los objetivos democráticos. La confrontación agonística no constituye una amenaza para la democracia, sino su propia posibilidad de existencia. Para que la democracia funcione adecuadamente es necesario que existan diferentes posiciones políticas, «formas contendientes de identificación ciudadana». Si el conflicto, la diversidad y, en definitiva, la construcción de las identidades colectivas se eliminan de la esfera de lo público, existe el peligro de que esas identidades y pasiones colectivas se desarrollen en torno a cuestiones tales como la religión, la etnia o la lengua; es decir, al margen de los cauces democráticos.

Por supuesto, la democracia requiere un cierto consenso y lealtad a sus valores; ése es el marco que comparten los adversarios. Para

Mouffe, la lealtad tiene que ver con la constitución de prácticas que creen ciudadanos democráticos, que fomenten la identificación con los valores democráticos; es una cuestión de formas de vida compartidas en las que las pasiones y los afectos desempeñan un papel fundamental. La democracia no necesita una teoría de la verdad (de validez universal e incondicional), sino prácticas orientadas a persuadir a la gente para que amplíe su compromiso con los demás y construya una comunidad más incluyente. El problema es que no añade mucho más a este respecto. Se limita a señalar que el acuerdo se consigue a partir de la participación en lo común y que la forma de generar lealtad e identificación con los valores democráticos es precisamente la existencia de esas formas contendientes de identificación ciudadana, es decir, la existencia de diferentes posiciones políticas que permitan la formación de identidades colectivas. Pero ésa era la forma de canalizar democráticamente el conflicto, de transformar el antagonismo en agonismo. En definitiva, parece que la existencia de formas de vida compartidas que permiten alcanzar acuerdos, que constituyen ese marco simbólico compartido, son, al tiempo, el objetivo de la política agonística y su condición de posibilidad.

En cada uno de los ensayos que componen este texto pueden encontrarse la mayor parte de las ideas principales de Mouffe aunque desarrolladas de modo desigual. El capítulo 1 versa básicamente sobre la relación entre democracia, pluralismo, poder y antagonismo. En el capítulo 2, a través de la obra de C. Schmitt, se ocupa del tema de la identidad y de la constitución de la comunidad política. A continuación,

capítulo 3, retoma la obra del último Wittgenstein para abordar la cuestión de cómo es posible alcanzar acuerdos y de qué tipo. Su propuesta teórica aparece más ampliamente desarrollada en el capítulo 4 a partir del análisis del modelo deliberativo de democracia y de lo que Mouffe entiende que son sus principales deficiencias. Las implicaciones políticas de su teoría se recogen en el capítulo 5, que se centra en la crítica a la «tercera vía» de Blair y Clinton y su búsqueda del consenso de centro.

Uno de los elementos más confusos de todo el libro es el papel que juega la democracia deliberativa en el esquema teórico de Mouffe; o planteado de otro modo: ¿contra quién pelea? La autora comienza señalando que su objeto de crítica es el modelo dominante de democracia para acto seguido concretarlo en la democracia deliberativa (en el plano teórico) y en las políticas de consenso y la tercera vía (en el político). Sin embargo, hay varias razones por las que se hace difícil estar de acuerdo con este planteamiento.

La teoría política dominante es, sigue siendo, el modelo liberal-representativo, frente al cual

la democracia deliberativa se presenta como alternativa. En varias ocasiones, Mouffe vincula liberalismo y deliberación, lo que en parte supone negar la propia esencia de la deliberación. Por supuesto, es posible una interpretación liberal de la perspectiva deliberativa, de hecho es lo que hace Rawls, y desde ahí podría aceptarse su argumentación. Pero cuando Mouffe habla de la deliberación no se refiere únicamente a Rawls, sino también a Habermas, como dos corrientes diferentes, y no es fácil decir que Habermas abogue por un modelo liberal (menos aún en el caso de Joshua Cohen, a quien Mouffe sitúa como seguidor de Rawls)\*. Asimismo, señala que el objetivo de estas teorías no es superar el liberalismo, sino recuperar su dimisión normativa. Tampoco su propuesta lo pretende; de hecho, es precisamente el liberalismo (en esencia, libertades y derechos individuales, imperio de la ley y separación de poderes) ese marco compartido en el que tiene lugar la confrontación agonística. Mas, al tiempo, considera que los problemas de la actual teoría de la democracia con respecto a la ciudadanía residen en su concepción del individuo como anterior a la sociedad, portador de derechos naturales y con dos úni-

\* Félix Ovejero diferencia cuatro tipos ideales de democracia como resultado de combinar dos dimensiones: participación vs. representación y deliberación vs. negociación. Esos tipos ideales son: democracia *asamblearia* (negociación y participación), democracia *liberal pura* (negociación y representación), democracia *republicana* (deliberación y participación) y democracia *liberal mixta* (deliberación y representación). En este último tipo puede situarse la propuesta de Rawls. Por el contrario, Habermas y Cohen ofrecen visiones participativas de la deliberación, aunque no pueden considerarse en sentido estricto autores republicanos. F. Ovejero, *La libertad inhóspita*, Barcelona, Paidós, 2002.

Para un análisis detallado de la teoría de Habermas y Cohen puede verse C. Sancho, «Un modelo diferente de democracia: la democracia deliberativa. Una aproximación a los modelos de J. Cohen y J. Habermas», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 122, oct.-dic. 2003, pp. 201-232.

cas posibilidades: ser agentes que buscan optimizar su felicidad o ser sujetos racionales; en todo caso, dirá Mouffe, una concepción del ser al margen de las relaciones sociales y de poder, de la cultura, del contexto socioeconómico, etc. (p. 109) ¿Qué es esto sino la concepción clásica del individualismo liberal?

En el plano político, el equivalente de la teoría deliberativa es «la tercera vía» o las políticas de centro. Según Mouffe, su defecto principal estriba en que pretenden concebir la vida democrática como permanente diálogo a través del cual es posible superar el «modelo del adversario» y encontrar soluciones que puedan satisfacer a todos; se eliminan las relaciones de poder y se reducen a conflictos de intereses que el diálogo permite armonizar. Este tipo de políticas consideran que la tradicional división entre izquierda y derecha ya no es relevante pues no existe división social. Cuando, desde la perspectiva del Pluralismo Agonístico, es precisamente esa oposición entre izquierda y derecha lo que da forma e institucionaliza el conflicto legítimo, porque permite la creación de identidades colectivas en torno a posiciones claramente diferenciadas y elegir entre verdaderas alternativas.

Más allá de que este tipo de políticas que no dejan de basarse en el modelo liberal-representativo puedan equipararse a la concepción deliberativa de la democracia, la crítica de Mouffe es la misma y radica en la idea de consenso que propugnan. La democracia liberal evita u oculta el conflicto bajo la pretensión de neutralidad procedimental; la deliberativa lo hace a través de la racionalidad. En ambos casos, el objetivo es alcanzar un consenso sin

exclusión, una solución definitiva al problema del antagonismo mediante la delimitación de un ámbito (la esfera política) que no está sujeto al pluralismo de los valores. Sin embargo, esta solución lo único que consigue, dirá Mouffe, es eliminar la posibilidad de la lucha entre adversarios e impedir que las pasiones y las identidades cristalicen en las formas democráticas apropiadas. Alcanzar acuerdos que todos puedan aceptar o políticas que sean beneficiosas para todos es, para nuestra autora, no sólo imposible empíricamente, porque las personas sean egoístas o incapaces de ponerse de acuerdo, sino también conceptualmente, porque son planteamientos que obvian el conflicto, el poder y el antagonismo o pretenden que puede ser eliminado.

Carmen SANCHO

---

### **Domingo Comas (Coord.) et al.**

#### Jóvenes y estilos de vida. Valores y riesgos en los jóvenes urbanos

(Madrid, Injuve, 2003)

---

El concepto «estilo de vida» se ha desarrollado en diversas disciplinas de las Ciencias Sociales como la Sociología, la Psicología y la Antropología. Éstas, en su acercamiento a la relación individuo/sociedad, han buscado herramientas conceptuales que ayuden a comprender básicamente cómo la cultura se integra en la persona y ésta la transforma en ac-